

brillo y todo el cortejo propios de sus altos cargos por las aguas del Támesis y llegó á Lóndres, ciudad poco acostumbrada ya en sus nuevos hábitos á tales ceremonias eclesiásticas. Faltóles tiempo á los Reyes para salirle al encuentro en cuanto pisó el vestíbulo de su palacio. Y la Reina llegó á declarar al verlo que aquel día era en su concepto un día tan fausto como el mismo de su ascension al trono.

Tal reconciliacion tuvo por inmediata consecuencia el restablecimiento de las terribles leyes dadas en tiempo de Ricardo II contra todos aquellos que profesaban alguna doctrina herética, leyes durísimas aun para los siglos medios, y de todo punto inaplicables al siglo décimosexto en que la herejía con todas sus indeclinables consecuencias dominó en el Estado y en la Iglesia, constituyendo un período tal como aquel que se extiende y dura desde la proclamacion del cisma hasta el advenimiento de María. Así las persecuciones mas implacables se avivaron y encendieron á pesar del empeño que mostraba Felipe II en aparecer tolerante y bondadoso para captarse el ánimo rebelde y hostil de los ingleses.

Poco tiempo despues de la llegada del cardenal celebróse una gran fiesta en honor de la reconciliacion entre la Inglaterra y la Iglesia. Ciento sesenta sacerdotes seguidos por ocho viejos obispos, que rodeaban la custodia donde iba la hostia sacratísima, congregáronse con grande aparato en la iglesia de San Pablo para celebrar un solemnísimó servicio, cuyas ceremonias, acompañadas de repiques y cohetes, mostraban mas el regocijo oficial de la corte que los expansivos entusiasmos del pueblo. En efecto, tristísimas previsiones oscurecian todas las conciencias y siniestros presentimientos atenaceaban los pechos y difundian por do quier taimadas y recelosas cóleras. La primera víctima de esta triste situacion fué el doctor Rogers, viejo canónigo de la Iglesia mayor londonense convertido á la Reforma por grandes y soberanos impulsos de su corazon y de su conciencia. Convicciones antiguas y arraigadas le habian impuesto una grande fidelidad á su nueva doctrina, y esta fidelidad habia sido causa de que lo encerraran en la torre de Lóndres. Aconsejábanle todos cuantos conocian la tristeza de aquellos tiempos, que se partiese de aquella ciudad y nacion, donde podian atraerle con seguridad el rayo sus íntimas convicciones. Pero

el amor á su mujer y á sus diez hijos constriñéronle á quedarse con mártir resignacion. Ocurrióseles un día persuadirle públicamente de engañado en sus ideas teológicas y le sacaron del calabozo y le condujeron al consejo real para disputar con él en público y arrancarle públicas confesiones. Nada mas contrario á su complexion moral y á todo su temperamento. A medida que mas le obyurgaban, mas fuertemente mantenía sus creencias. Entonces fundóse un tribunal de la fe, con objeto, no de corregir y enmendar, sino de perseguir y vejar á los herejes. El primero que se presentó delante de tales magistrados fué, por desgracia, el mismo Rogers, á quien la corte quisiera presentar como reo de versatilidad y de inconsecuencia. Firme, firmísimo en sus doctrinas y en sus dogmas, no hubo medio de arrancarle ninguna retractacion. Así, le condenaron por empedernido heresiarca y le vistieron la hoga de la degradacion, queriendo, no solo acabar con su vida, sino tambien con su reputacion y con su fama. La víspera de su horrible suplicio quiso ver á su esposa y se lo negaron los despiadados jueces de aquel odioso tribunal, diciéndole que un sacerdote no tenia mujer conocida, no, ante la religion y las leyes. Quemáronlo en la mañana del 4 de febrero de 1555. Quiso antes de penetrar en la hoguera dirigir al pueblo la palabra, pero no consintiéndolo sus jueces, comenzó á departir con el pueblo en voz alta, mientras le ataban, hasta que le metieron en las llamas, y ya en las llamas á entonar salmos religiosos hasta el minuto mismo de perder la garganta y la voz.

Siguió al simple sacerdote Rogers el obispo de Gloucester, Hopper. Fecundos aquellos empedernidos inquisidores en refinamientos de bárbara crueldad, resolvieron martirizarlo en su antigua diócesis. Tres días duró su paso por aquella larga calle de amargura. Llegado al sitio de su catedral y sede, concediéronle veinticuatro horas para componer y arreglar las cosas concernientes al mundo, y disponer y preparar las cosas concernientes á Dios. Aquellas veinticuatro horas fueron para el infeliz horas de ayuno, de penitencia y de oracion. Arreglaron su brasero con leña verde, refinamiento que prolongando la última triste agonía, prolongaba tambien sus horriblos dolores. El viento, la lluvia, combatiendo las llamas y el humo, le hacian mas penosos y terribles los momentos supremos del último trance. Y sin embargo, entre los estremecimientos de aquellos acerbísimos dolores, aun tenia



tiempo para en voz alta y clarísima recitar los principios fundamentales de la fe por cuya confesion espiraba. Mas el dolor crecia tanto, que pedia, invocando los sentimientos humanos del concurso, llamas mucho mas voraces y muerte mucho mas rápida. La crueldad llegó al extremo de no escucharle y una de sus manos cayó del brazo hecha un carbon. Tres horribles cuartos de hora duró aquel bárbaro suplicio.

El doctor Sanders tuvo igual suerte. Llegado á la picota, extendió hácia ella los brazos y la estrechó contra su corazon, como si fuese una persona querida, bendiciéndola y aclamándola de igual suerte que si viese la cruz de Jesucristo. Con idéntica barbarie trataron al cura Tairo y quizá hemos dicho mal, porque aun se holgaron aquellos verdugos ensañándose particularmente con él. Metieronle en un tonel de pez y lo rodaron hasta la hoguera. Un infame, cuyo nombre no ha conservado la historia, le dió un hachazo en la frente, otro le golpeó los labios porque rezaba en latin los salmos y un alabardero le dió tal golpe con su alabarda en el cráneo que le sacó los sesos y le abrevió con las violencias de su brutalidad los horrores y penas del suplicio. La crueldad se llevó tan léjos que para evitar á los condenados las palabras dichas con frecuencia en los últimos estertores, arrancábanles con unas tenazas las lenguas, antes de mandarlos á las llamas.

Se necesita subir á los tiempos de Tiberio para encontrar persecuciones del género de estas persecuciones religiosas. Un tejedor de Lóndres fué recluido en la torre y el obispo de su diócesis propúsose con resolucion el trabajo de convertirle á la fe católica. Su calabozo trocóse pronto en sitio de disputas teológicas. Y como no quisiera desistir de sus creencias, golpeóle con furia el obispo, quien salió de la cárcel enseñando entre sus dedos pelos arrancados á las barbas de un reo maniatado y sujeto. Cuéntase que un dia le quemó, para probar su resistencia, la mano derecha en un brasero. Parece imposible que pudieran inventarse tantos y tantos medios de llevar la crueldad á tales extremos. Un aprendiz llamado Hunter, jóven de diez y nueve años, tuvo la ocurrencia de hablar mal de la Santísima Trinidad. Conociendo que por tal temeridad estaba perdido, ocurriósele, con buen acuerdo, emigrar, pero echaron *incontinenti* mano de su padre y dijeron que iban á infligirle sin remedio la pena capital decretada contra su hijo. Presentóse, al saber tal

cosa, este; y en efecto, fué quemado no léjos de la casa paterna. Cada dia registraba un homicidio. A mediados de marzo fueron quemados, sin consideracion, dos poderosos señores de provincia y á fines de marzo tres, por no haber respondido satisfactoriamente á varias interrogaciones dogmáticas. Un obispo juzgó al que le precediera en su sede. Un pescador sufrió la última pena sin mas delito que haber enseñado el alfabeto al menor de sus hijos para que le leyese la Biblia. El clérigo Mars, quemado en Chester, recibió brasas ardientes en los piés y pez derretida en la cabeza. A medida que se ofrecian á la corte romana holocaustos nuevos, demandaba mayores sacrificios. Como quiera que María Tudor prometiese devolver los bienes eclesiásticos anexionados á la corona, la Santa Sede comenzó á pedir todos los bienes distribuidos entre la aristocracia. Esta peticion humilde y reservada en tiempo de Julio III, por conocer este Papa todos sus inconvenientes, suspendida en tiempo de su inmediato sucesor, quien se proponia reformar mas que enriquecer á la Iglesia, y muerto á los pocos dias de Pontificado, recrudeciése cuando el célebre teatino Carafa subió á la Santa Sede con el nombre inolvidable de Paulo IV. Criado en el silencio y en la penitencia, despertáronse á una en él todas las ambiciones juntas al tomar posesion del solio de San Pedro. Para mas exaltarle llegó á sus piés, y en el momento mismo de abandonar el conclave que lo habia nombrado, la diputacion encargada de renovar el pleito homenaje á la Sede Apostólica y reconciliarla con el antiguo imperio británico. Obligóles á presentarse como penitentes, siendo los embajadores de tan grande reino, y á declarar que habia cometido su nacion un gran crimen al separarse de la Santa Sede apostólica. Y sin embargo, Carafa no queria en su soberbia recibirlos porque María se daba sin su consentimiento el título de Reina de Irlanda, que creia él perteneciente por derecho propio á la Sede apostólica. Pero persuadido del mal que podia sobrevenirle si llevaba las cosas con rigor, excogitó un expediente bien hábil y maquiavélico, expidiendo antes de la recepcion, solemne bula por cuya virtud investia con el título de Reina de los irlandeses á la Reina de Inglaterra. Despues de haber dado este mal paso, pidió todos los bienes eclesiásticos y el reenvió del antiguo dinero de San Pedro, cuyo crecido importe conociera por haber sido colector de la Santa Sede en las Islas británicas. Todas estas contrariedades



aumentaban la exaltacion furiosa de María. Así mandó quemar desde los maestros de teología hasta los simples tapiceros de Lóndres. En Essex se hizo una especie de leva en los que no iban por cualquier motivo á misa y se les mandó á morir á sus respectivas provincias. Los nobles que mayor entusiasmo un dia mostraran por la Reforma y que mayores provechos obtuvieran de la revolucion, detentores todos ellos de bienes eclesiásticos, sirvieron de familiares al Santo Oficio aquel y de guardias y aun de verdugos á sus antiguos correligionarios. El sacerdote Bradford, que salvara por impulsos de su corazon á tantos católicos perseguidos, no fué, no, él á su vez perdonado en estos tiempos de catolicismo. La misma misericordia de su alma, sirvióle para que le acusaran de haber promovido los tumultos sosegados por su intervencion milagrosa. A tanta infamia se sublevó su ánimo, encerrándose con grandísima entereza en profundo silencio y resolviéndose á no dar contestacion de ningun género á las preguntas que le dirigian. Condenado á muerte, recibió esta condenacion como una victoria. Y sin embargo, para mas afligirle y amargarle sus últimos instantes, quemaron á su lado á Juan Lease, jóven de diez y nueve años apenas y que parecia un niño. La crueldad tomó aspecto de locura. Informados los jueces de que un reo habia proferido algunas palabras heréticas en sus últimos instantes, como estuviera ya muerto y enterrado, le desenterraron, le condujeron, á pesar de su hedor, al tribunal religioso, le dirigieron preguntas insidiosas y le arrojaron inerte y putrefacto al fuego de las hogueras. No se perdonó á los muertos, no se perdonó á los niños; ¡cómo se habia de perdonar á las mujeres! La provincia de Cantorbery vió morir en las llamas á la pobre Margarita Pole. Y eso que todo el sentimiento público se hallaba enardecido contra las persecuciones y era como cómplice de los perseguidos y copartícipe de sus creencias. Un acto bien sencillo mostrará la verdad de esta observacion incontestable. No le bastaba, no, á María con tantas restauraciones antiguas, necesitaba tambien restaurar los monasterios como complemento á su obra. Dos frailes franciscanos habia en su corte y á estos dos frailes comisionó para que le trajesen cofrades y correligionarios suyos á los monasterios proyectados. Salieron de Lóndres con escándalo é irritaron la fibra del pueblo con facilidad. Al zarpar de los muelles para dirigirse por el rio al Océano, espesa lluvia de piedras

cayó sobre sus barcas y sobre sus personas. Este levantamiento popular puso los frailes en trance casi de muerte; y el peligro de sus confidentes y el desacato á ellos inferido por sus subordinados, en tal manera irritó á María, que quiso buscar á los autores y castigarlos con penas severísimas. Pero no encontró ni siquiera uno, porque la conciencia popular estaba en contra de la reaccion religiosa. Pregonóse por las calles una fuerte recompensa en metálico á los delatores y nadie fué delatado.

Las demencias mayores asaltan como vértigos propios de las alturas á quienes ocupan los tronos. María entregaba cuantos bienes eclesiásticos quedaron libres de la distribucion revolucionaria sin tasa y sin acuerdo á los monasterios y á los cabildos. María, para que los funerales de la ilustre abuela de su esposo, Juana la Loca, la cual acababa de morir en Tordesillas á los setenta y cinco años, para que estos funerales, decia, fuesen llamativos y nombrados, repartió trajes de luto á todos aquellos á quienes invitaba. Para mayor demostracion de que la cabeza se le iba, basta mentar cómo publicó las obras del gran canciller de Inglaterra Tomás Moro, inmortal autor de la Utopia. Este grande hombre ha pasado ante todo á la posteridad, no por su vida de sabio y por su muerte de mártir, sino por haber predicado la tolerancia religiosa entre las tormentas horribles de las pasiones teológicas. Y sus palabras debian caer como plomo derretido sobre la frente de aquella sangui-naria furia que abrasó á los niños y desenterró á los muertos en la exaltacion de sus implacables venganzas.

Detengámonos ante alguna de sus mas ilustres víctimas. Rincley, por ejemplo, habia llegado á ser uno de los mayores sabios en tan sábia edad. Discípulo de Cambrigd, arzobispo protestante de Lóndres, habia usado de caridad con todos en aquellos procelosos tiempos; y sin embargo, desde la ascension al solio de María encerrado en la torre de Lóndres por amigo y partidario de los derechos de Juana Gray, no habia visto ni la luz de la libertad, ni casi la luz del dia en su oscuro calabozo. Acompañábale á su vez en tanto cautiverio el virtuoso Latimer, uno de los mas ardientes campeones en las luchas religiosas allá por los comienzos de la gran centuria. Enemigo un dia de Lutero y aun contradictor de Melanchton, á manera de San Pablo, convirtiése con fervor en medio de los combates teológicos. Incierto quizás ó tímido, volvió